



ÚLTIMO ACTO

Eran las seis y media de la mañana y, como cada día, el sonido de mis dos alarmas me sacó del sueño. No me costaba levantarme ya que me esperaba otro día en el mejor trabajo que la vida podía haberme regalado.

Siempre sentí que mi propósito era ayudar a las personas aportando algo significativo en sus vidas, y tener la oportunidad de hacerlo me llenaba de plenitud y satisfacción.

Mi empresa había abierto sus puertas hacia más de tres décadas, de la mano de una pareja de médicos que soñaban con crear una clínica con todo tipo de servicios, que destacase por su cercanía y preocupación por los pacientes. Con el tiempo, se convirtió en un referente local.

Cuando llegué apenas era un principiante, con mucho que aprender y con la inseguridad de quien da sus primeros pasos en el ámbito laboral. Sin embargo, desde el primer día confiaron en mí. Ese apoyo me impulsó hasta convertirme en uno de los psicólogos más reconocidos de la ciudad.

Veinticinco años después, a mis cuarenta y siete, podía afirmar que había tenido una vida feliz. Me casé con la mujer más maravillosa del mundo, cada domingo nos reuníamos con la familia para pasar el día y mi profesión me seguía llenando de orgullo. Aun así, basta un instante para que algo inesperado lo cambie todo, incluso la forma de ver la vida.

Dentro de mí sabía que algo no iba bien y, aunque por fuera aparentaba tener una calma de acero, me sentía extraño: más lento, menos ágil, y no notaba mejoría. Fui a consultar a uno de los médicos de la clínica donde trabajo, y nunca olvidaré las palabras que cambiaron el transcurso de mi vida: «Jesús, hemos revisado los resultados y, lamentablemente, todo apunta a que padeces Esclerosis Lateral Amiotrófica».

Durante la semana siguiente no lograba apartar el diagnóstico de mi mente; me asolaban mil dudas: ¿por qué a mí?, ¿cómo reaccionará mi familia?, ¿podré seguir trabajando?, ¿me mirarán diferente?, ¿será doloroso?

Los días pasaban muy lentos. Cada sonido, cada gesto y cada conversación me devolvía a esas preguntas que no me daban tregua. Caminaba por la clínica con la mirada perdida, fingiendo normalidad, mientras por dentro libraba una batalla contra un torbellino de emociones. Resultaba irónico haber estado ayudando psicológicamente durante años a mis pacientes y, en este momento, no ser capaz de comprenderme ni de calmarme a mí mismo. Me atormentaba la idea de perder todo lo que amaba por culpa de esta enfermedad.

Con el paso de los meses me di cuenta de que no podía haber estado más equivocado. Descubrí que, lejos de apartarse, mi familia y mis amigos se convirtieron en mi mayor apoyo; que mis pacientes me inspiraban tanto como yo a ellos y que, en mí, aún quedaba una fuerza que me impulsaba a seguir adelante.

Cuando la enfermedad iba avanzando, mi jefe me propuso un nuevo puesto: adaptar mi trayectoria profesional para poder acompañar y orientar a personas que estuvieran atravesando experiencias similares a la mía. Esa oportunidad no solo me permitió continuar ejerciendo mi vocación, sino también contribuir a visibilizar las discapacidades y fomentar la importancia del apoyo a los trabajadores dentro de las empresas.



Mi nuevo trabajo tuvo una duración de dos valiosos años, en los que tuve la oportunidad de acompañar y apoyar a personas que vivían con alguna discapacidad, tanto congénita como adquirida a causa de accidentes, así como a quienes enfrentaban enfermedades como el cáncer o, al igual que en mi caso, la ELA.

Con el tiempo, comencé a acudir a hospitales y universidades, creé mis propias redes sociales y escribía artículos regularmente para ofrecer visibilidad a las personas con capacidades diferentes. Hoy puedo sentirme orgulloso de haber llegado incluso a colaborar con diversas empresas, donde imparti charlas y desarrollé programas dedicados a la inclusión.

A pesar de todo esto, la enfermedad seguía extendiéndose. Mi cuerpo fue perdiendo la energía que le quedaba; el cansancio y la debilidad me vencieron, y tuve que aceptar que ya no podía seguir trabajando como antes.

Sin embargo, estos últimos años se convirtieron en una fuente de inspiración para personas, familias y empresas, demostrando que todos somos capaces de trabajar en lo que amamos, sin importar la condición que tengamos. Es fundamental que existan empresas dispuestas a ofrecer oportunidades a personas con capacidades diferentes, porque todos tenemos algo valioso que aportar.

Hoy miro atrás y reconozco que, aunque la enfermedad me venció, también me dio la oportunidad de acompañar, inspirar y ofrecer esperanza a otros.

Con el corazón en calma, os dejo estas palabras.

Mis queridos lectores, pacientes, amigos, compañeros y familia: si estáis leyendo esto, significa que yo ya me habré ido y que este habrá sido mi último acto.

Pero mi historia no termina aquí; seguirá viva en el corazón de todos los que me recuerden.

Con cariño,

Jesús Castillo Álvarez